

**LA DEMOCRACIA DE LAS ELITES EN EL MARCO DE LA POLÍTICA
ACTUAL, UNA FORMA DE MERCANTILIZACIÓN DE LA LIBERTAD
CIUDADANA**

NORIDA LUCIA GUTIÉRREZ DELGADO

**POPAYÁN
UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
2019**

**LA DEMOCRACIA DE LAS ELITES EN EL MARCO DE LA POLÍTICA
ACTUAL, UNA FORMA DE MERCANTILIZACIÓN DE LA LIBERTAD
CIUDADANA**

NORIDA LUCIA GUTIÉRREZ DELGADO

**INFORME PRESENTADO COMO REQUISITO PARA OPTAR POR EL
TÍTULO DE FILÓSOFO BAJO LA MODALIDAD DE ESTUDIOS DE
PROFUNDIZACIÓN**

MAESTRÍA EN ÉTICA Y FILOSOFÍA POLÍTICA

**POPAYÁN
UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
2019**

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	4
LA TEORÍA DE LA COLONIALIDAD DEL PODER EN ANÍBAL QUIJANO Y EL SUJETO DE LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL EN MARIÁTEGUI.....	6
INTRODUCCIÓN.....	6
La tecnología dominación/explotación (raza/trabajo) en Aníbal Quijano	6
El problema de la tierra, económico-agrícola.....	8
Conclusión.....	12
LA IDENTIDAD NACIONAL	13
INTRODUCCIÓN.....	13
Albores de la Identidad Nacional en Colombia	13
La creación del Estado-Nación.....	14
Conclusión.....	18
LA DEMOCRACIA DE LAS ELITES Y LA NEGACIÓN DE LOS CIUDADANOS, DESDE SHELDON WOLIN Y CHANTAL MOUFFE	19
INTRODUCCIÓN.....	19
La política y lo político en Sheldon Wolin y Chantal Mouffe	19
La visión política de la democracia liberal de Sheldon Wolin y Chantal Mouffe en el contexto colombiano	24
Conclusión.....	26
CONCLUSIÓN.....	27
BIBLIOGRAFÍA.....	29

INTRODUCCIÓN

Una de las razones, y quizá la fundamental que deja entrever mi intención de asumir un estudio de profundización que se enmarca bajo la propuesta de estudiar el pensamiento latinoamericano, con respecto a los estudios occidentales, se encuentra en el interés por asumir un pasado y un presente de nuestras raíces, ocultado por una trama epistemológica que deviene de la discursividad occidental. En este sentido, la mirada que me propongo alcanzar, consiste no solo en buscar un aporte a mis estudios, sino también, una forma de hacer evidente el alcance de una propuesta epistemológica y metodológica que, desde la antigüedad hasta nuestros días, ha marcado un derrotero en la vida de todos los latinoamericanos, pero que ha reproducido al tiempo la servidumbre y un desarraigo de nuestro propio pasado. En concreto, desde lo político se logra observar que el pensamiento tradicional europeo y norteamericano, especialmente, han realizado una propuesta discursiva que de una u otra forma nos afecta como latinoamericanos, en el sentido que han creado una identidad que obedece a unos intereses propios de lo extraño y ajenos para nosotros.

La Universidad del Cauca, se coinvierte de esta forma en un lugar propicio para el desarrollo de esta propuesta, ya que la biodiversidad de saberes y pensamientos que comprometen directamente una mirada con el renacer de nuestra cultura y nuestros antepasados, me permiten reconocer que más allá de la herencia de otros saberes y de la forma como se ha organizado el mundo latinoamericano en razón misma de las discursividades occidentales, hay otros saberes que se han ocultado y en ese sentido hemos permitido renunciar a la riqueza que nuestras formas de organización política, económica, religiosa, artística o cultural, lo cual se evidencia por ejemplo en la forma como desde la política se entronizan poderes y elites que solo buscan usufructuar la riqueza nuestra a cambio de mantener sus regímenes, ideologías e intereses.

De esta forma, el propósito del conjunto de estos ensayos que a continuación se presentaran, buscan hacer una reflexión que dé cuenta de la forma como desde hace siglos, en pleno albor de la conquista de América, se inicia un proceso de colonización que perdura hasta nuestros días bajo otras formas que protagonizan la discriminación, la violación de derechos, la esclavitud, etc., al pueblo latinoamericano.

En ese sentido, el primer ensayo busca un acercamiento a la forma como desde la discursividad del racismo que se entroniza como poder, Europa y Norteamérica han logrado crear un sistema de dominación, cuestión que es señalada por Aníbal Quijano, y en esa misma vía, el pensador peruano, Mariátegui logra mostrar desde el problema de la tierra, como los conquistadores comenzaron un proceso de colonización que hoy irrumpe en una esclavitud indiscriminada al haber expropiado a los indios desde la conquista de América y hoy a través del capitalismo.

El segundo ensayo permite hacer una contextualización de la forma como en nuestro país se genera un proceso de identidad, que propiciada por la discursividad que imponen diversos ámbitos de la sociedad, ya sea la economía, la política, la religión, la moral, etc., logra crear una identidad que es vista como un compromiso con la Nación. Esto significa que se busca hacer “borrón y cuenta nueva” del pasado precolombino y la imposición de un nuevo orden que atiende a los intereses de la nueva nación colombiana, es decir, y para decirlo con mayor exactitud, a los intereses de las elites del poder.

Finalmente, en el tercer ensayo se busca mostrar en qué sentido la política, y en concreto la democracia liberal ha sido partidaria de este proceso histórico donde se convierte a la política en una forma de administración económica que expropia el beneficio común y salvaguarda los intereses de las elites o partidos, mientras esclaviza al pueblo. De esta forma lo que se busca mostrar es que, a lo largo de la historia, la política se convierte en un mecanismo de una minoría, y la democracia una forma de gobierno que en apariencia es inclusiva de todos los ciudadanos, pero en la práctica solo es una forma de fortalecer los intereses de las elites.

Para el lector que se permita una mirada a los ensayos que aquí se proponen, van a tener la posibilidad de encontrar un examen crítico al pasado de nuestro ser latinoamericano, con el objetivo de poder interrogarse nuestra vivencia actual frente a los poderes hegemónicos que han buscado desde el pasado a través de la misma conquista de América, esclavizarnos y someternos a sus prerrogas e intereses, donde la política ha servido de baluarte a estos poderes como un efecto de fachada que presuntamente busca el bienestar común, cuando en realidad solo utiliza indiscriminadamente al pueblo para que sea este quien garantice los fines de un sistema mundial capitalista, el cual se engrana perfectamente con todos los poderes de la sociedad, sea la economía o la política misma.

LA TEORÍA DE LA COLONIALIDAD DEL PODER EN ANÍBAL QUIJANO Y EL SUJETO DE LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL EN MARIÁTEGUI

INTRODUCCIÓN

Situándonos en el mismo problema, aunque desde posturas y respuestas muy diferentes, Aníbal Quijano y José Carlos Mariátegui, son dos pensadores que ilustran el problema de la exclusión y la esclavitud de los países latinoamericanos, como un problema que data desde la misma conquista de América, pero que sus ideas suenan actualmente, porque la actualidad no es sino la expresión de la continuidad de un sistema que sigue oprimiendo desde el antepasado en pos del capitalismo mundial. Frente a esto, tanto Quijano como Mariátegui, insisten en una transformación de las condiciones actuales que viven, no solo los indígenas como herederos de un pasado ancestral, sino también de quienes lejos de ser herederos de los antepasados indígenas, han sufrido consigo de la mano del poder colonial europeo y norteamericano.

Desde este aspecto nos dedicaremos a mostrar la relación entre la teoría de la colonialidad del poder en Aníbal Quijano y el problema nacional como un problema del indígena, en tanto sujeto de la transformación social en Mariátegui, lo que nos permita mostrar el rol del indígena como sujeto de resistencia en la transformación de la sociedad latinoamericana, pero haciendo un énfasis en que no se trata solo del problema indígena, sino también de todas las personas que son oprimidas en aras de ser esclavas del capitalismo mundial.

En primer lugar se buscara considerar algunos aspectos de la teoría de la colonialidad del poder en Aníbal Quijano para mostrar lo que ha sido es subyugamiento del pueblo latinoamericano, y en segundo lugar, se buscara mostrar el sujeto de la resistencia, esto es, de la transformación social en el pensamiento de Mariátegui, buscando así reflexionar, por un lado, si los dos pensadores se encuentran en una misma línea de pensamiento y si la respuesta al sistema colonial es el mismo o difieren radicalmente.

La tecnología dominación/explotación (raza/trabajo) en Aníbal Quijano

Retomando las palabras de Aníbal Quijano, y haciendo una lectura a la Colonialidad del Poder, desde la conquista el pueblo americano se convirtió en el primer espacio/tiempo de un nuevo patrón de poder mundial como es Europa y como posteriormente lo llegaría a ser Norteamérica. La lectura de Quijano es clave y significativa en el sentido de mostrar como desde el racismo y desde todas las formas históricas de control del trabajo, en torno al capital y al mercado mundial, se lograría aquella dominación. Por un lado, es clave el discurso sobre la inferioridad biológica, donde indios, negros y mestizos se los valoraría o estigmatizaba como inferiores, frente a españoles y portugueses considerados superiores, pues la inferioridad significaría entonces ser dominado y proclive a

serle impuesto el trabajo y la servidumbre. En otras palabras, quien fuese inferior estaría destinado a obedecer y a padecer la más cruda esclavitud en ese tiempo.

Con el tiempo, los colonizadores codificaron como color los rasgos fenotípicos de los colonizados y lo asumieron como la característica emblemática de la categoría racial. Esa codificación fue inicialmente establecida, probablemente, en el área britano-americana. Los negros eran allí no solamente los explotados más importantes, pues la parte principal de la economía reposaba en su trabajo. Eran, sobre todo, la raza colonizada más importante, ya que los indios no formaban parte de esa sociedad colonial. En consecuencia, los dominantes se llamaron a si mismo blancos (Quijano, pág. 203).

Con la racialización, las personas hechas esclavas serian organizadas para producir mercaderías en el comercio mundial. Consecuencia de ello no es otra que la asignación a los indios, mestizos y negros a nuevos roles y una nueva identidad, desconocida, impuesta y ajena para sí, pero fundamental para crear un poder global de dominación de la raza superior sobre la inferior. Sin embargo, desde la perspectiva de Quijano, la cuestión no acaba aquí, la construcción de un Estado-nación y la consecuente identidad de un pueblo alrededor del capitalismo, del trabajo y el mercado mundial, a partir del discurso racista, crearía una identidad asociada en torno a un poder que entra a dominar y con el cual todos quedan identificados, pero al tiempo subordinados para responder a los fines de este nuevo sistema creado, incluyendo el Estado, las instituciones, la democracia, el capitalismo, etc.

Las nuevas identidades históricas producidas sobre la base de la idea de raza, fueron asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura global de control del trabajo. Así, ambos elementos, raza y división del trabajo, quedaron estructuralmente asociados y reforzándose mutuamente, a pesar de que ninguno de los dos era necesariamente dependiente el uno del otro para existir o para cambiar (Quijano, pág. 204).

Este argumento permite señalar que en Latinoamérica enfrentamos, como lo dice Quijano, una tragedia de equivocaciones, porque respondemos a una identidad que no es nuestra y seguimos reproduciendo y legitimando modelos que nos son impuestos desde ámbitos de poder que no nos permiten finalmente identificar nuestros problemas y sus debidas respuestas. El Estado y las instituciones que se nos es impuesto desconocen nuestro contexto, y con ello nuestros problemas y necesidades, negando entonces el bien común. La cuestión reside entonces en que, tras ese largo proceso de colonización y hegemonía, el pueblo latinoamericano queda a merced o a disposición de las instituciones creadas por la matriz colonial de poder que, no solo ha convencido de su discursividad, sino que se ha impuesto para trasgredir las tradiciones y la misma voluntad del pueblo.

Una cuestión bastante clara en Aníbal Quijano, se encuentra en que el problema de la colonialidad tiene su base en el racismo y en el control del trabajo, cuestiones estrechamente atadas directamente con el capitalismo. Para Quijano, la servidumbre, la explotación, la exclusión, etc., que se ha reproducido en los países latinoamericanos a mano de la colonialidad surgida en Europa, pero igualmente seguida por Norteamérica, se lograría gracias a la inferioridad que produce el racismo, el cual serviría finalmente al capitalismo mundial, pues a quien se considerara inferior se le estigmatiza a tal grado que este mismo se doblega ante un sistema que busca sacar el máximo provecho de los aborígenes y sus respectivas generaciones para explotar lo que hay a su paso.

Así parafraseando a Aníbal Quijano, el problema de la raza y del control del trabajo, sirvieron de antecedentes para crear una inorgánica que buscaría y tendría como finalidad, hacer progresar el capitalismo. Si el capitalismo requiere de capital, en este caso mano de obra, doblegar a través del discurso racial hasta crear el sentido de inferioridad, se constituía, según Quijano, en el primer elemento para mantener una masa dócil, que se resignara sin cuestionar al trabajo. Una vez se obtuviera una masa obediente, y desprovista de poder y riquezas, entre ellas la tierra, el siguiente paso era la esclavitud en el trabajo y la explotación de las materias primas que poseían las tierras vírgenes de la llamada América, y de las cuales, por supuesto el indígena no obtendría beneficio alguno. Es claro, desde este argumento que Quijano le otorga credibilidad al racismo y el consecuente control del trabajo como fundamentos de la colonización, sin embargo, como ahora se pretenderá mostrar, otro de los pensadores latinoamericanos, José Carlos Mariátegui, va a enseñar que más que el discurso racista, la cuestión de la servidumbre y la colonización se fundamentaría en la expropiación de la tierra, en el sentido de ser un problema económico-agrícola.

El problema de la tierra, económico-agrícola

Aunque de una manera diferente a la visión de Aníbal Quijano, también Mariátegui tiene la consigna que el pueblo latinoamericano, tomando como ejemplo especialmente el pueblo peruano, ha sufrido desde la conquista española la más cruda explotación y servidumbre. Aun cuando el pensador peruano no toma como base el problema del racismo, sino un problema ligado a la marginación, olvido y despojo de la tierra, que a la postre es un problema no solo material, sino también espiritual, en cuanto la tierra tiene un significado para el indio que lo aúna a toda su cosmovisión.

Dicho en otras palabras, no se reduce a un problema racial a la manera como lo señala Aníbal Quijano, sino que es un problema que presupone una transformación económica y social, ligado directamente con la expropiación de la tierra por obra del gamonalismo, que no solo arrebataría las tierras a los indios, sino que enseñaría a estos mismos a arrebatarla entre sus mismos semejantes, despojándolos no solo de la posibilidad de poseer tierra, sino también, negarle la posibilidad de un activismo político, cultural y social.

Haciendo una revisión histórica, Mariátegui señala la manera como los conquistadores españoles lograron la más cruel expropiación de la tierra, que en aquel momento los indígenas poseían. Aun cuando existieron defensores de sus derechos, como Fray Bartolomé de las Casas, los propósitos españoles por apoderarse de las tierras incas, fue más grande que la misma intención de ayudar a los indígenas. Ni siquiera la lucha criolla por desligarse del yugo español brindaría reales posibilidades a los indios. Como lo señala Mariátegui, fue una lucha inminentemente criolla ayudada por los indios, que a la final no obtuvieron una liberación total, salvo algunos derechos, pero siempre al igual que en la actualidad bajo el yugo de la aristocracia latifundista de la Colonia:

Y así, entre los primeros actos de la Republica, se contaron varias leyes y decretos favorables a los indios. Se ordenó el reparto de tierras, la abolición de los trabajos gratuitos, etc.; pero no representando la revolución en el Perú el advenimiento de una nueva clase dirigente, todas estas disposiciones quedaron solo escritas, faltas de gobernantes capaces de actuarlas. La aristocracia latifundista de la Colonia, dueña del poder, conservo intacto sus derechos feudales sobre la tierra y, por consiguiente, sobre el indio. Todas las disposiciones aparentemente enderezadas a protegerla, no han podido nada contra la feudalidad subsistente hasta hoy (Mariátegui, 2007, pág. 35).

Si bien se puede deducir de la anterior cita, ni siquiera tras la Republica que es peruana y liberal, el indio ha logrado defender sus derechos, antes se podría decir, desde las palabras de Mariátegui, que es la feudalidad criolla de la Republica mucho más opresora que la feudalidad española. Estos acontecimientos históricos no hacen sino realzar la forma como desde la conquista el indio comenzó a ser expropiado de sus tierras, aun cuando se denigrará racialmente, para Mariátegui, es el problema de la tierra donde se halla el origen de la condición actual, no solo del indio sino de toda la nación del Perú.

Para Mariátegui, igual que Quijano, el pasado que marca el territorio peruano y gran parte de todo el territorio latinoamericano, es un pasado que atentaría contra toda la cosmovisión de nuestros antepasados, aun cuando es consciente que su mirada, ya no es la mirada de un indio, sino de alguien que pese a hablar desde la exterioridad, concibe el problema del Perú, como un problema que encuentra sus raíces en la colonización de lo que alguna vez poseían los indígenas. De ahí que su respuesta al “problema nacional”, como le llama al problema del Perú, sea un problema que no tiene otra resolución que en la construcción de una nación pensada desde y con los pueblos indígenas.

Ahora bien, dado que se trata de un problema de la tierra, o, en otras palabras, de las relaciones de producción y de la estructura agraria, lo que repercute en el atraso y la exclusión de la vida política y cultural, Mariátegui le asigna al socialismo un papel fundamental. Insiste en que la forma de resistencia frente a toda la hegemonía actual, debe construirse desde las antiguas de lo que en algún momento fueron las raíces de la cultura indígena, con el objetivo de crear una

nación en la cual todo sea para todos, incluyendo a los indígenas, quien a su vez no han de ser considerados inferiores, aunque tampoco superiores, solo otros tantos seres que tienen derechos al igual que los blancos.

La propagación en el Perú de ideas socialistas ha traído como consecuencia un fuerte movimiento de reivindicación indígena. La nueva generación peruana siente y sabe que el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no signifique el bienestar de la masa peruana que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina (Mariátegui, 2007, pág. 37).

La anterior cita pone en evidencia que en el Perú la cuestión debe llevarse a cabo teniendo en cuenta toda la población, que finalmente es en su mayoría indígena y campesina. Y en ese mismo sentido, teniendo en cuenta que el problema, es un problema que tiene que ver directamente con la tierra, la lucha socialista no ha de tener por objetivo sino salvaguardar los derechos de todos los indígenas y campesinos, sin excepción alguna. Por eso se dice que, si el problema del indio que es el problema nacional, es el problema de la tierra, por esta misma razón su solución no tiene una respuesta simplemente en un cambio de paradigma o en un discurso, ya sea este racial, ni tampoco por vías o mecanismos administrativos o pedagógicos, sino en una resistencia frente a aquellos que desde la misma conquista buscaron apoderarse de la tierra, pues el mismo gamonalismo, se constituye en un impedimento de los derechos indígenas. De otra manera, la cuestión reside en que, bajo la ordenanza de la ley, el gamonal siempre ha encontrado como expropiar la tierra y afrentar los derechos de los indígenas.

En tal sentido, Mariátegui es mucho más radical que Quijano al mostrar que, si bien los discursos racistas sirvieron para que Occidente se expandiera y se apropiara de la tierra, la resistencia y la transformación del estado de cosas no reside precisamente en alterar esta clase de discursos, pues el discurso racial no es más que, según Mariátegui, algo que está en la mente de los colonizadores, pero en ningún momento algo real a lo cual se debe prestar más atención que una lucha frente a la expropiación de la tierra a los latifundistas.

La suposición de que el problema indígena es un problema étnico, se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas. El concepto de las razas inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista. Esperar la emancipación indígena de un activo cruzamiento de la raza aborígen con inmigrantes blancos, es una ingenuidad antisociológica, concebible solo en la mente rudimentaria de un importador de carneros marinos (Mariátegui, 2007, pág. 30).

Frente a cuestiones administrativas bien sabemos los indígenas nada han podido realizar, más que mantenerse en una condición de sumisión. Como se puede inferir de las palabras de Mariátegui, puede que en teoría haya común

acuerdo sobre los decretos y leyes formuladas y encaminadas a proteger los derechos de los indios, sin embargo, en la práctica otro es el tratamiento, porque la legislación no esconde más que la arbitrariedad en favor del latifundismo de los gamonales. Y no solo el ámbito administrativo, sino cualquier ámbito que pueda ser manejado por los garantes del poder, ya sean gamonales o latifundistas. Para Mariátegui, en los siglos pasados cuando bien pudo hacerse algo frente a la explotación de los indígenas y no se hizo, hoy con mayor dificultad algo puede hacerse. Ni la iglesia ni la pedagogía, ya disimuladas y manchadas del mismo control de los gamonales, puede contribuir al reconocimiento de los derechos de los indígenas:

Nuestro primer esfuerzo tiende a establecer su carácter de problema fundamentalmente económico. Insurgimos, primeramente, contra la tendencia instintiva -y defensiva- del criollo o "misti", a reducirlo a un problema exclusivamente administrativo, pedagógico, étnico o moral, para escapar a toda costa del plano de la economía. Por esto, el más absurdo de los reproches que se nos pueden dirigir es el de lirismo o literaturismo. Colocando en primer plano el problema económico-social, asumimos la actitud menos lírica y menos literaria posible. No nos contentamos con reivindicar el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, al amor y al cielo. Comenzamos por reivindicar, categóricamente, derecho a la tierra. Esta reivindicación perfectamente materialista, debería bastar para que no se nos confundiese con los herederos o repartidores del verbo evangélico del gran fraile español, a quien, de otra parte, tanto materialismo no nos impide admirar y estimar fervorosamente (Mariátegui, 2007, pág. 39).

Más que buscar la educación del indígena, la educación busca su ignorancia, o, en otras palabras, busca que los indígenas se mantengan indefensos al conocimiento de su situación, para así mantenerlos en una total servidumbre. Tampoco la religión sirve, que a la final tampoco en su momento en cabeza de los evangelizadores pudo lograr algo realmente importante. Para Mariátegui, y es aquí donde reside la importancia de su propuesta, se encuentra en una vía socialista. En una lucha que convoque toda la nación, donde se generan programas que involucre a todos. Se trata de una liquidación del feudalismo, que no se lograría tras la independencia, pues en esta se siguió la misma vía, explotar al indio por obra de la clase terrateniente; lo único que se logró fue el latifundismo y la servidumbre, de ahí que no hay otra salida para Mariátegui que liquidar el latifundismo. Los latifundismos constitucionales han permitido esta servidumbre, por eso, a la conclusión que llega Mariátegui no es otra que la de permitir nuevamente la creación de una comunidad con elementos socialistas en la agricultura y en la vida indígenas, pues en el decir del pensador peruano, la comunidad descansa en razones prácticas y concretas de orden económico y social.

Conclusión

A manera de conclusión hay que señalar que, si bien los dos pensadores consideran el problema actual, no solo del Perú, sino de gran parte de los países latinoamericanos, como algo que reside en una cruel expropiación de la tierra, como parte de toda su cosmovisión, hay diferencias claras entre estos dos pensadores. Mientras que Quijano le da prioridad al problema de la raza y del control del trabajo, centrándose en estos aspectos para destacar la colonización de España sobre los indios, Mariátegui, desde una visión socialista daría realce a un problema económico-agrícola, esto es, al problema de la tierra como principal factor de explotación.

No obstante, hay también que reconocer que los dos pensadores, aunque desde visiones distintas y formas distintas de referirse al problema, lograrían poner en evidencia que el problema en Latinoamérica, es un problema que no tiene su justificación en el presente, sino en el pasado histórico de la conquista, lo que ha generado mayores rupturas con el pasar de los siglos de la mano del capitalismo; además, cuya solución, si bien puede parecer utópica, no puede pensarse si no a la luz de la asociación de todas las personas, esto es, sin exclusión, sino más bien reconociendo e incluyendo a toda la sociedad, pues finalmente, como lo señala Mariátegui, el problema nacional es un problema de todos. .

LA IDENTIDAD NACIONAL

INTRODUCCIÓN

Al considerar la identidad nacional, no solo de nuestro pueblo, sino de la gran mayoría de pueblos de Latinoamérica, irrevocablemente amerita hablar de su construcción “originaria”, entiéndase, no como una “identidad auténtica”, sino más bien, como una imposición desacralizada; más que una presunta comunidad singular y permanente por siempre en la historia de estos pueblos, como si realmente existiese esa historia fundante que pudiese otorgar sentido a esa unidad sociocultural, se trata de una “comunidad imaginada”, en el decir de Polanco, que se logró imponer a fuerza de un presunto pasado fundante y una memoria histórica que afianzo la unidad sociocultural y la identidad de estos pueblos (Díaz-Polanco, 2006, pág. 132). Desde esta perspectiva, es posible señalar, desde el mismo decir de Walsh, que la identidad nacional de los pueblos en Latinoamérica se ha construido a partir de una negación de lo propio y realmente fundante, solo así, negando nuestro pasado e imponiendo un presente, la identidad Latinoamericana se construye.

Esta perspectiva nos permite en adelante desentrañar el mismo imaginario que se ha perpetuado y consolidado en el pueblo latinoamericano, pero haciendo alusión a una serie de fundamentos que se han venido consolidando a lo largo del pasado y presente siglo, tras la formación del Estado-nación. Fundamentos como la democracia, el liberalismo, el capitalismo y la misma globalización, que permitirían consolidar e integrar a la población a un mismo sistema de ideas, creencias y patrones culturales, a los que han de considerarse como la identidad nacional. En este sentido, se mostrará qué fundamentos han influido en la imposición de la identidad nacional, a la luz de entender este proceso como una negación.

Albores de la Identidad Nacional en Colombia

No es extraño señalar que muchos de los habitantes de estas zonas del mundo consideran su identidad como algo singular y único, surgida en el seno de prácticas y valores compartidos. Por ello mismo, el patriotismo como los ideales y valores exaltados, reflejan que los habitantes de naciones como la nuestra, no reparan históricamente en examinar y desentrañar en el origen de su identidad. Decir que nuestros valores como ideales o prácticas son nuestras, en el más estricto sentido, adolece de un examen histórico, como si la historia se hubiese construido apenas ayer.

Ahora bien, la presunta identidad nacional no adolecería de mayores inconvenientes si esto no significara, no solo un olvido discriminado de nuestro antepasado, sino también, la generación de problemas que ahora nuestros pueblos deben enfrentar a nivel económico, político, social, moral y hasta religioso; desencadenando además una lucha por recuperar sus tradiciones y valores, ya obnubilados tras el capitalismo, la democracia, el liberalismo, y el nuevo baluarte contemporáneo, la globalización, que buscan homogeneizar el mundo entero, a costa de destruir toda diferencia de los pueblos que no sean

compartidarios de Occidente. Esto debe servir entonces como argumento frente a una reconstrucción de la identidad nacional y la consecuente negación del pasado.

Tal como se señala en el anterior párrafo, en la construcción de la identidad nacional, no hubo un factor más radical que la negación de los antepasados. Si bien es cierto, para muchos habitantes de la época, como para la misma actualidad, esto significaría una oda a la virtud, habría que ver de manera diligente las consecuencias actuales de un no a lo pasado y la bienvenida a la imposición de todo un sistema de ideas, valores, normas y creencias provenientes de otras partes del mundo, en vista a consolidar una nueva cosmovisión. En otras palabras, aquello que presuntamente es nuestro y nos diferencia, no guarda nuestros antepasados, es el correlato de una historia impuesta, pero que se hace creíble como si se tratara de una verdad, cuando en realidad ha sido un acto bárbaro de dominación que margina lo “nuestro” a cambio de imponer lo de “afuera”.

Como bien lo señala el historiador colombiano Marco Palacios, para el siglo XIX, época en la que se empieza a consolidar la identidad nacional, Colombia era un país de campesinos independientes, mestizos, individualistas y aislados, así mismo el territorio, un país eminentemente rural pero fragmentado a la misma vez (Palacios, 1998, pág. 24). Esto que no nos diría mucho, es la expresión de un país que no ha logrado consolidar una identidad nacional, o a lo que podemos llamar identidad, es más bien el fruto de sus tradiciones, abolenos y costumbres, así como prácticas y valores que han sido compartidos gracias a las generaciones que instan por conservarlas, pero que así mismo han perdido gran parte de su riqueza debido a la colonización. No obstante, este mismo periodo marca el inicio de un proyecto identitario, un proyecto que busca hacer de un país fragmentado y desligado de la mundialización, hacer un país con una identidad que en muy poco se diferencie a los pueblos que ya han construido una identidad, como es el caso de los pueblos hegemónicos, las naciones europeas.

La creación del Estado-Nación

Hasta aquí debe quedar claro que una mirada a la construcción de la identidad nacional, ha sido y sigue siendo, una mirada crítica en cuanto ha sido el producto de un ejercicio de dominación. Colombia no poseía una identidad propiamente dicha como ya la poseían otras naciones, pero esto que se puede consolidar como una justificación de la irrupción de dicha dominación, debe ser vista de manera crítica para reconocer que no hay ejercicio de dominación que no signifique una trasgresión. No se puede pasar por alto que los habitantes de nuestra América, si bien no se reconocían por una identidad nacional con fuertes visos europeos y norteamericanos (pensados como fuentes de progreso), también poseían costumbres, tradiciones, valores y prácticas que hoy requieren ser vistas con otra mirada para reconocer su riqueza.

Aquí mismo, sabemos, se justifica la búsqueda de una identidad nacional, no porque los campesinos, mestizos o mulatos no poseyeran una identidad, sino porque esta misma no ha de ser reconocida, más bien las potencias mundiales

hablaran de una ausencia de identidad, o en el peor de los casos, una identidad que atenta y va en contra del progreso mundial. Frente a esto, la necesidad de consolidar una identidad se convierte en el proyecto de la época; lo cual no devalúa su importancia, hasta tanto no se logre considerar que la identidad es más que la relación o identificación con una raza, una lengua, unas instituciones, etc., sino, la posibilidad de crear una estructura de dominación que afianza los intereses del poder dominante y de las instituciones que ven en dicha estructura la posibilidad de crear un orden y de un pueblo que de manera homogénea pueda hacer real los intereses estatales (Quijano, 1997, pág. 617).

Bajo esta rúbrica se puede entender el porqué de la necesidad de crear, o mejor, de imponer una identidad. Pues, dado que, gracias a la creación de una identidad nacional, se lograría crear una relación intersubjetiva entre los habitantes de este espacio de dominación, esto hace posible que todos los habitantes correspondan a los mismos intereses, valores, ideales, y lo más importante, no trasgreden el orden que con ello se establece (Quijano, 1997, pág. 617). La creación de un Estado-nación en las antípodas de la vida nacional, no puede ser visto como una suerte de acontecimiento fortuito, sino más bien, como la necesidad de un sistema de crear un espacio de dominación en el cual impere una identidad nacional con sus propios ideales, valores, normas y prácticas que confluyen y son necesarias en este espacio para afianzar y legitimar el nuevo orden de la nación.

Hay que aludir a la creación del Estado-nación moderno, no solo porque históricamente en Colombia se comienza a crear en un determinado momento de su historia, es realmente porque su creación va a ser el reflejo de la identidad nacional. Con Estado-nación, siguiendo a Aníbal Quijano, no solo se va generando la ciudadanía, un sistema político y consolidando la democracia, lo importante que aquí es de nuestro interés, se encuentra en la creación de un espacio de dominación, pues en este han de quedar inmersos, valores y prácticas que son impuestas y que remiten de manera directa a los nuevos fines de la nación. Esto, en otras palabras, señala que los antiguos valores a los que obedecían las personas y se remitían a sus propios intereses son suplantados y negados, para así imponer unos nuevos. Imaginemos a campesinos que poseen valores distintos a la ideología liberal y utilitaria, por ende, sus fines también son otros, lo que implica que la identidad era otra y no había un margen de dominación que obligara a los campesinos a legitimar este nuevo orden o espacio de dominación que se venía construyendo.

Sin embargo, la fuerte presión que implica la creación de un Estado-nación, pues recordemos que no se trata única y exclusivamente de un espacio en el cual confluyen nuevos valores, los que a su vez se universalizan, sino también de un patrón de explotación, dominación y discriminación (Quijano, 1997, pág. 617) con toda la carga de violencia mental y física, haría que la voluntad del pueblo legitimara sin duda alguna la nueva identidad que se les era impuesta; aun cuando esta no dejara de enfrentar serios problemas, pues no siempre la legitimidad significaba lealtad. De esta manera, la identidad nacional, aunque sea legitimada por el pueblo, al compartir sus valores, fines y prácticas, no puede ser vista como una elección libre del pueblo, la dominación que se revela significa

que la identidad siempre ha de ser hija del poder dominante, no de la lealtad del pueblo.

Históricamente sabemos que la iglesia, entre otros poderes, ejercerá una fuerte dominación. La manipulación o el soborno, practicas alimentadas por la iglesia en nombre de Dios, se convierten en camisa de fuerza para el pueblo, que quiera o no debe legitimar la nueva identidad que se le es impuesta. Pero si la iglesia es fundamental en este sentido, no menos lo es la política nacional, aunque a la final, la iglesia también fungía a la manera de una institución política. Al construirse una identidad política, desde la misma ideología liberal, la democracia, la ciudadanía, etc., se logra afianzar con mayor ahínco la identidad nacional. A nuestra manera de ver, no solo es un espacio de dominación compartido por todos lo que afianza la identidad, la confluencia de un poder de dominación, la construcción de una ciudadanía y la democracia, logran crear también esa identidad, en la medida que democracia, liberalismo, ciudadanía y capitalismo, jalonan ese proyecto.

La identidad política que es abanderada por la democracia también construye la identidad, porque se impone una forma de entender los mecanismos de poder político, de la distribución de los recursos de producción y de las instituciones (Quijano, 1997, pág. 620), es decir, porque desde la democracia se impone la forma como las personas deben entrar en relación con el poder, deben acogerse a las normas, mandatos, respetar ciertos valores políticos, cumplir con ciertas dinámicas políticas, etc. Se crea un sentimiento político que se es manifestado con mayor firmeza en el amor hacia los líderes políticos y los partidos, quienes a su vez representan igualmente el imaginario de ese espacio social de dominación con sus valores, normas e ideales; lo cual se ve manifestado en la convicción del voto, en el color del partido, en las ideologías, etc., que políticamente son transmitidas e inculcadas en un sistema político que apenas comienza a surgir, pero que mantiene relación con todos los aspectos de la sociedad. En otras palabras, a través de la política y el patrón de dominación las personas se acogen a los valores sociales, por eso se puede decir que votar por un líder o seguir la ideología de un partido, no es solo un acto o una postura, es la expresión de identificarse con algo que dice lo que ahora “soy”, y en ultimas “lo que siempre he sido”.

No solo la identidad política creada, con la democracia a la orden, marca la identidad nacional, pero si es posible señalar que la política permitió afianzar la identidad que de otra forma seria difícil. El solo hecho de crear instituciones que se encargaran de dirimir los asuntos públicos, ya deja entrever que la identidad no solo es producto de un acto discursivo, la coerción ejercida desde las instituciones, como los poderes o el derecho, permiten hacer presión sobre la población a negar su pasado o provocar su renuncia. En este sentido, es clave el hecho de que se cree y tome firmeza la idea de ciudadanía entre los pobladores, es decir, personas que votan, blancas, casadas, católicas, etc., pues esto refleja que política como culturalmente se han apropiado de unos valores e ideas que forman su identidad. Cuestión que no era finalmente solo una elección, sino una imposición, pues de no corresponder con estas cualidades, no quedaría integrado a la construcción del Estado-nación, cuyas consecuencias serían

nefastas, pues en pleno auge del progreso o la industria, nadie quería quedar rezagado ante lo nuevo que le ofrecía el sistema, de ahí, como lo señala Quijano, la rapidez y el afán por “integrarse” a la nueva identidad nacional (Quijano, 1997, pág. 619).

Sin embargo, no hay que olvidar que detrás de la construcción de la identidad nacional a manos de la misma identidad política, es de vital importancia, considerar el papel que jugaría la homogeneización racial. La cuestión de la “raza” que muy bien atraviesa todos los estudios interculturales y decoloniales, no aparece en la construcción de la identidad nacional como algo simple y recurrente, la clasificación racial se constituye así mismo en un dispositivo que permite crear esa misma integración. Según la clasificación se va a crear ese mismo espacio de dominación, porque según la raza en la que se clasificaran los hombres y mujeres, así mismo se crearía una identidad de blancos; aunque algunos (por ejemplo, los indios y los negros) no entraran en dicha clasificación. No obstante, esto no llegaría a ser tampoco impedimento, pues la idea de blanquearse (Palacios, 1998, pág. 17), aunque fenotípicamente se fuese de piel negra, marcaría la necesidad de crear una identidad nacional, aun a fuerza de ser lo que no se es, porque a la final, aunque biológicamente no se fuera blanco, los valores, ideales y prácticas interiorizadas marcaban en la realidad una correspondencia con la identidad nacional impuesta por la tradición del europeo.

Hay que reiterar que no se trata de que la raza sobre la cual se fundara la identidad realmente obedeciera a la superioridad de unos sobre otros, ya sea por la capacidad racional o por el tipo de color, la raza en este sentido también se constituye, al igual que los valores e ideas a los cuales se acogen e integran los ciudadanos, en un imaginario que es impuesto, pero que debido a su fuerza discursiva se transmuta en una realidad. En el decir de Quijano, se crea una igualdad social de los individuos, y sobre esta una imagen virtual de quienes somos de acuerdo a la raza perteneciente (Quijano, 1997, pág. 620); solo así se llegaría a hablar de ciudadanía, una ciudadanía que exigía en este sentido la identificación, así en la realidad no se identifique realmente con la raza considerada superior y predominante, para cuya época, especialmente el criollo blanco designaba cierta superioridad, pues según Walsh El Estado-nación moderno con todo su aparataje de racialización se construye a partir de una supuesta superioridad de los blancos y la exclusión de las poblaciones racialmente clasificadas como inferiores. (Walsh, 2010, pág. 101). Solo bajo esta clasificación racial y la integración de los ciudadanos se podía tener mejor control y la ciudadanía responder a los intereses sociales, políticos, económicos y culturales del naciente Estado.

No obstante, hay que también sumar a estos fundamentos el patrón eurocéntrico, en el sentido que la identidad nacional que ha de ser impuesta, no es sino un modelo para las demás poblaciones que lo imitan (Quijano, 1997, pág. 620). Imitación que obedece igualmente a una discursividad que tiene la capacidad de convencer a los demás de su supuesta “superioridad”, pues dicha discursividad es tan similar a hablar de una especie de dogma cargado de tal fuerza que es difícil guardar resistencia frente a él. Este es otro de los elementos que permitiría entonces implantar las mismas instituciones y la misma homogeneidad que ya

reinaba en lugares como Europa, donde capitalismo, Estado, democracia y ciudadanía, se habían impuesto por encima de valores e ideas tradicionales, negando a estas y determinando una nueva identidad, la misma que se perfilaba a imponerse en todo el mundo a fuerza de la homogeneización y el exterminio o la negación de lo diferente.

Es claro entonces que en la identidad nacional de nuestro país como de manera similar en los demás países de Latinoamérica, confluyen ciertos elementos que permitirían llevar a término la identidad nacional. En este sentido, la construcción del Estado-nación no podría ser vista si no a la luz de la democracia, el capitalismo, el colonialismo, la reclasificación racial, la racionalidad, etc., que se tornan reales en la clasificación social de la población, la configuración institucional, el espacio de dominación y la elaboración de la perspectiva cognitiva. Hay que señalar igualmente que, si bien las condiciones desde la construcción de la identidad en el siglo XIX han cambiado, el mismo proyecto de afianzar la identidad nacional sigue en pie bajo la égida de la globalización. Con Polanco, es posible señalar que la globalización afianza aún más las identidades al incluirlas, aunque eso no signifique aislar o eliminar las identidades que no sirvan a crear la homogeneización (Díaz-Polanco, 2006, pág. 137); lo cierto entonces es que la globalización finalmente quedan implicados los mismos propósitos que en los orígenes del Estado-nación, esto es, la reclasificación social de la población, reconfiguración institucional, la redefinición del espacio de dominación, reelaboración de la perspectiva cognitiva (Quijano, 1997, pág. 622).

Conclusión

Una mirada a la construcción de la identidad nacional deja entrever que dicho proyecto, por la misma razón que ha sido el resultado de la hegemonización europea, no puede pensarse, ni en sus comienzos ni en su consecución con la globalización, obra de los mismos pobladores de Latinoamérica, sino, obra de una imposición, capaz de negar cualquier tipo de tradición y antepasado. Aún más, habría que señalar que la idea misma de una identidad ya trasgrede el sentido de la matriz de un pueblo, en el sentido que pueblos como los nuestros, en ningún momento para desarrollarse en el tiempo, exigieron la identificación de colonizador alguno. Solo en el imaginario europeo y norteamericano, nuestros habitantes debían poseer una identidad a fuerza de destruir o negar su pasado; paradójicamente buscando la satisfacción de los intereses de los colonizadores, más que los suyos.

LA DEMOCRACIA DE LAS ELITES Y LA NEGACIÓN DE LOS CIUDADANOS, DESDE SHELDON WOLIN Y CHANTAL MOUFFE

INTRODUCCIÓN

Para Chantal Mouffe y Sheldon Wolin la política se ha reducido a un ejercicio para alcanzar beneficios particulares y egoístas en detrimento del bienestar de los demás, ya sea un partido o una elite, han dado a la política otro sentido que rebasa el llamado bien común o bienestar; más aún cuando son los mismos ciudadanos quienes permiten de este modo la negación radical de sus propios intereses. Desde este punto de vista, la tarea que nos proponemos en primer lugar es una caracterización del pensamiento político de los autores en mención; en segundo lugar, mostrar una lectura de la política desde estos autores como algo actual, donde se logra mostrar que sus tesis se ven reflejadas en nuestro contexto colombiano, donde la política actual, y propiamente la democracia liberal, niega los intereses de los ciudadanos.

La política y lo político en Sheldon Wolin y Chantal Mouffe

En un capítulo que lleva por título *La política interior en la era de Superpoder y del imperio*, el pensador estadounidense Sheldon Wolin, alrededor de la idea del totalitarismo invertido, logra destacar cómo el papel de la política toma una forma depredadora, por decirlo así, dando espacio a una forma de dominación y negación primordial respecto a los ciudadanos, y de esta manera, a sus derechos.

Si antes, como Wolin ha de señalar, los partidos totalitarios buscaban hacerse con el partido para empoderarse de la maquinaria gubernamental, hasta eliminar partidos o elites opositores, y de esta forma comprometidos a elevar a su máxima expresión a la elite como principio universal, pero encontrando además en la masa un apoyo puntual, lo cual querría decir que la política se proponía la búsqueda de la unanimidad y homogeneidad; por el contrario, en la era del totalitarismo invertido no son los partidos o las elites opositoras las que se buscan eliminar, estas más bien han de alentar y apoyar al gobierno, representado por un partido o una elite, mientras que los ciudadanos, cuestión que desde ya es necesario ir advirtiendo, se convierten en “enemigos”, que no ocuparían más que un lugar de simples consumidores de los que se abusa despiadadamente, hasta que se hacen inservibles a los propósitos de las elites.

Una vez que un movimiento totalitario obtenía el control del gobierno, su primer objetivo era eliminar la política como expresión de una tendencia a la división y por lo tanto de debilidad, un obstáculo para la formación de una “masa”. La política era reemplazada por la homogeneidad, con una excepción de importancia. Los regímenes totalitarios estaban comprometidos a promover y establecer superioridades selectas (por ejemplo, de raza, partido, clase y nación) y a elevar el elitismo a un principio universal (Wolin, 1984, págs. 263-264).

A partir de este giro, la política, expresado por Wolin, no se observa sino como el mercado en el que se compete, diseñando estrategias y buscando más “consumidores” y “adherentes”, manteniendo además una lucha enconada por lograr el control y la influencia de las instituciones que permitan a las elites obtener la satisfacción de sus intereses. De tal manera, Wolin se refiere a este horizonte de la política como una “visión explotadora de la política”, pues esta queda reducida a una forma de empresa en el que sus incorporados, que, por supuesto no son realmente los ciudadanos, se busca alcanzar beneficios y hacer progresar los intereses de quienes hacen parte de esta empresa. El totalitarismo invertido se caracteriza por:

La oposición no es abolida, sino neutralizada y su política es reducida dentro de ciertos límites; de vez en cuando se le hace una concesión menor para mantener esperanzados a sus seguidores y se la presiona para que emule las estrategias de los victoriosos. Mientras que los partidos totalitarios practicaban una política de “lucha” de estilo guerrero, en la inversión, la política se percibe, en primer lugar, como un mercado en el que hay una competencia despiadada entre empresas rivales y cada una trata de diseñar estrategias para vencer a las otras y lograr atraer el mayor número posible de consumidores (Wolin, 1984, pág. 264).

Bajo ese programa, los ciudadanos, no cabe duda, son los más afectados, pues el ideal de ser los ciudadanos como los verdaderos beneficiados, apenas queda en el ideal político de una democracia que en teoría los considera el referente de la actividad política, pero que, en la realidad, ellos no son el objetivo central en la lucha de ese “mercado” político. Justamente hablar de mercado ya de antemano ha de proponer que los ciudadanos no tienen opción o de poder alguno para entrar en la competición, pues se trata de un escenario de depredación en el que quien carece de poder, finanzas, aliados, ideología, etc., es poco lo que puede hacer para hacer parte de aquella relación “mercantilista”.

En una política democrática, como bien lo expresa Wolin, la contribución al desarrollo individual, el igualitarismo, la prioridad al rol de los ciudadanos participantes y activos, lo que admite en pocas palabras, una concepción diferente de la política, queda rebasado por la idea de un totalitarismo invertido. En este, a diferencia de una política democrática, los ciudadanos no son incitados a participar, ni a incluirse en la toma de decisiones, ni a hacer parte de los programas y políticas en pro a su propio beneficio, en fin, los ciudadanos son excluidos hasta hacer de ellos entes o seres totalmente pasivos, lo que admite igualmente, que los ciudadanos en condición de igualdad jamás lograrían formar una organización partidaria capaz de hacerse con el monopolio del poder: “Un partido antidemocrático trata de evitar la formación de un demos activo, participativo -desconfía de las manifestaciones populares-, y es profundamente antiigualitario” (Wolin, 1984, pág. 267).

Una elite, un partido, una burocracia, para ser más puntuales, adoptaría el derecho de controlar la política, en el mismo sentido como ha de convertirse en

el sistema totalitario invertido, ya antes caracterizado. El papel del ciudadano sería tan inferior, lo que quedaría demostrado históricamente, según Wolin, para quien el único rol de los ciudadanos sería las elecciones entre competidores que a la final vendrían a ocupar y allanar totalmente el monopolio de la política.

Si bien es apropiado podría alegarse que los ciudadanos, especialmente en los Estados Unidos después de los ataques del 11 de septiembre, tal como lo plantea Wolin, apoyarían al poder imperial, esto no revelaría un sentido positivo y activo de la ciudadanía, eso solo supone la manifestación de un poder que se alimenta de consumidores (ciudadanos) que apenas sirven como apoyo a la causa, y solo sirven mientras sea necesario a la misma, porque después son desechados como cualquier producto que después de ser consumido deja de ser útil: "Quedaba implícito entonces que la política era monopolio de los partidos y que un sistema bipartidista era la forma natural u obvia. El rol del ciudadano quedaba reducido en gran medida a una "elección" entre candidatos en competencia" (Wolin, 1984, pág. 269).

Por lo tanto, se diría que las elites han convertido la política en un instrumento banal y arbitrario. No hay que pensar por supuesto que la política no tenga su propia utilidad, lo que realmente hay que comprender es que el servicio y lo que se puede esperar de la política, tomada desde el totalitarismo invertido, significa que la política no sirve a una causa social, sino solamente a una causa individual y egoísta, degenerando su función; justamente porque lo que indica la política es el tratarse de un ejercicio ligado de manera inseparable a la especie humana y al servicio de esta misma, sin pérdida de ninguna persona, sea de una elite o sea de la gran mayoría.

En un sentido muy cercano a las calificaciones de Wolin, Chantal Mouffe logra mostrar que lo político ha degenerado principalmente en el contexto actual a manos de la democracia liberal, contrayendo una negación de los ciudadanos. En tanto, al negar el antagonismo propio de lo político, esto sería, un antagonismo entre amigos y enemigos, cuestión que Carl Schmitt ya consideraría, una consecuencia de ello es que la política, como el conjunto de prácticas e instituciones que buscaría un orden en la sociedad, no reconocería ni involucraría en tal orden a quienes son valorados como enemigos, pues el pensamiento liberal que desconoce a los enemigos como algo inseparable a lo político, haría caso omiso de estos.

Aquí ocurre que la política no solo no se importa en los enemigos y abre una tendencia a su destrucción, es también que la política solo se convierte o se pone en una cuestión institucional que busca salvaguardar a una de las partes, en este caso a los amigos y propiamente a las elites o los partidos, pues aun cuando los amigos también pueden tratarse de la gran mayoría de ciudadanos, Mouffe logra advertir que de acuerdo a los intereses de las elites o los partidos, la gran mayoría de ciudadanos solo se convierten en instrumentos al servicio de las elites, aunque presuntamente la democracia liberal se apoye por argumentar que la política aspira a contribuir al bienestar de la sociedad entera.

En otras palabras, el argumento de Mouffe intenta mostrar que lo político tiende a desaparecer para solo entrar a formar parte de la sociedad, y de hecho constituir, la política. Sin embargo, como ya se señaló, lo problemático es que dicha reducción involucra limitar un mundo con todas sus posibilidades y las colectividades con todos sus conflictos, y en este sentido, cambiar el ejercicio de la política, pues en un mundo en el cual no hay conflictividad (lo político), tampoco hay reconocimiento y con ello una política que vele por todos, no solo por unos cuantos que en último lugar solo se interesarían por la política para alcanzar sus propios intereses y no los de todos. Es necesario antes de continuar, aludir de forma textual a las definiciones de lo político y la política hechas por Mouffe:

..., concibo “lo político” como la dimensión de antagonismo que considero constitutiva de las sociedades humanas, mientras que entiendo a “la política” como el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político (Mouffe, 2007, pág. 16).

Como en las consideraciones hechas por Wolin, la cuestión está en que Mouffe muestra que la política está hecha solo para las elites, por tanto, los ciudadanos solo cumplen un papel instrumental. Sirven a las elites del mismo modo como los sujetos que son solo útiles al mercado, empoderando al capitalismo, sin que los mayores beneficios sean para la sociedad. En la democracia liberal, como lo dice Mouffe, los llamados enemigos buscan ser erradicados, cuyas demandas pasan a ser consideradas como ilegítimas, como si se tratara de demandas extrañas sin ninguna posibilidad de ser escuchadas, de ahí la insistencia en que la política pasa a convertirse en una especie de mercado en el cual todo se instrumentaliza, una vez no se reconoce lo político como algo constitutivo a la sociedad:

El conflicto, para ser aceptado como legítimo, debe adoptar una forma que no destruya la asociación política. Esto significa que debe existir algún tipo de vínculo común entre las partes en conflicto, de manera que no traten a sus oponentes como enemigos a ser erradicados, percibiendo sus demandas como ilegítimas -que es precisamente lo que ocurre con la relación antagónica amigo/enemigo (Mouffe, 2007, pág. 26).

Es por ello que Chantal Mouffe propone el agonismo, concepto a través del cual logra mostrar que una salida a lo político se encuentra, no en la eliminación a la relación conflictiva y antagónica, ni tampoco en una salida racional al conflicto, sino más bien en el reconocimiento y la legitimidad de sus oponentes o competidores, como parte de la misma asociación política, lo que demuestra que, al no desconocer lo político, no solo los enemigos son escuchados, sino que también la política no se reduciría a un escenario privado de unos cuantos que solo la instrumentalizarían en beneficio propio y no en el beneficio de todos los demás; transformando así el antagonismo (señalado por Carl Schmitt) que desde

la postura de Mouffe, se niega y se busca eliminar al enemigo sin reconocer ni legitimar sus decisiones, por el agonismo que busca reconocer la legitimidad de sus oponentes, en este sentido, se buscaría que la política, esto sería que, las instituciones no se instrumentalizan solo para servir a una elite, sino a todos los que hacen parte de la asociación política, amigos y enemigos.

Como lo plantea Mouffe, si hay agonismo es más probable que haya menos antagonismos lo que permite más canales políticos para las voces del desacuerdo. En consecuencia, esto significa que en lo político no se desconocen los enemigos y la política no se instrumentaliza para favorecer a las elites. En términos democráticos lo que está pensando Mouffe es que la política, en su deber ser, debe transformarse y pensarse desde abajo hacia arriba, y no al contrario: “Como sostendré en varios puntos de este libro, es menos probable que surjan conflictos antagónicos en tanto existan legítimos canales políticos agonistas para las voces en disenso”(Mouffe, 2007, págs. 27-28). Esto lo señala justamente porque para los liberales un enemigo solo es un competidor, por eso lo político no es aceptado y la política solo se instrumentaliza.

Dicho todo lo anteriormente, podemos concluir esta parte señalando y haciendo una alusión a Anthony Downs, economista estadounidense, desde un texto que el titula *Teoría Económica de la Acción Política en una Democracia*, para mostrar y corroborar necesariamente lo que se ha mostrado. Este pensador a manera de hipótesis dice que finalmente en la democracia los partidos políticos no hacen otra cosa que formular políticas para obtener votos y conservar sus cargos, y no obligatoriamente para servir a los intereses y garantizar el bienestar de algún grupo en particular sino al bienestar de sus intereses:

En una democracia los partidos políticos formulan su política estrictamente como medio para obtener votos. No pretenden conseguir sus cargos para realizar determinadas políticas preconcebidas o de servir a los intereses de cualquier grupo particular, sino que ejecutan y sirven a grupos de interés para conservar sus puestos. Por lo tanto, su función social (que consiste en elaborar y realizar políticas mientras se encuentran en el poder) es un subproducto de sus motivaciones privadas (que buscan obtener la renta, el poder y el prestigio que supone gobernar). En una democracia, esta hipótesis supone que el gobierno siempre actúa para maximizar su caudal de votos; es un empresario que vende política a cambio de votos en lugar de productos a cambio de dinero (Downs, 2011, pág. 96).

Según la anterior cita queda claro que la política no solo se convierte en un instrumento que busca garantizar los intereses de las elites y los partidos de quienes se consideran dueños del poder, también sugiere que la política en su ejercicio que instrumentaliza a los ciudadanos quienes simplemente sirven a los intereses de esas mismas elites; así, la política es tan similar a una empresa, cuya organización busca planificar y poner a su disposición toda su estructura

para apoderarse de los ciudadanos, no para beneficiar a estos, solo sacar el mayor provecho a su paso.

La visión política de la democracia liberal de Sheldon Wolin y Chantal Mouffe en el contexto colombiano

El deterioro de la política y la democracia liberal en el contexto colombiano es visible, por esa razón es importante aterrizar este tema en un contexto actual; así, en primera instancia podríamos cuestionarnos ¿qué entiende la población por política y democracia? y ¿qué es lo que nos han hecho creer de estos conceptos. La cuestión sería entender lo que realmente significa estos conceptos y como las elites del poder los han manejado, o los han convertido en un ejercicio al que llamaríamos “polítiquería” y en un juego a la “democracia”, de tal manera que han afectado el ejercicio democrático.

Según Wolin una: “política podría considerarse más o menos democrática según los partidos estuvieran comprometidos a alentar a los ciudadanos a convertirse en un demos activo más que en un votante ocasional” (Wolin, 1984, pág. 266). Ahora bien: “un partido democrático vería la política como la arena de una lucha continua por pelear las inquietudes de un sistema cuyas instituciones sociales, culturales y económicas las reproducen constantemente” (Wolin, 1984, pág. 267)

La democracia ya no es tomada como un ejercicio en el que se decide libremente, más bien se ha convertido en una “democracia dirigida”, tal como lo argumenta Wolin, según advierte, el pueblo es manipulado y sus decisiones son manejadas por una elite en alianza con un sistema económico de gran poder para decidir por los demás. Para esta época y nuestro contexto social se debe afirmar que la sociedad no está afianzada en un orden social de una democracia libre, donde todos seamos tomados en cuenta sin distinción alguna. En nuestro país lo que coexisten son formas de producción pre-industriales e industriales, las ocupaciones y actividades de cuello blanco coexisten a lado de la labor y el trabajo de una clase social comerciante, obrera, campesina, que no decide por sí misma.

En este sentido, se puede preguntar: ¿cómo hemos tomado la política? O, bien como un conflicto de poderes que busca obtener poder acosta de otros, o bien habrá un sentido de concebirla como superación de conflictos por una vía “negociada”, y que sea esta la vía para avanzar a una política democrática para nuestras poblaciones que han sido aisladas, y donde el discurso no sea más un engaño.

Por otro lado, Mouffe considera lo político como: antagonismo que considera constitutiva de las sociedades humanas y la política como el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crean un determinado orden organizando la coexistencia humana”. Mouffe aclara que esa falta de comprensión de la política es lo que origina la incapacidad para pensar lo político. Es importante detenernos a pensar cómo se encuentra la política democrática en la actualidad, al preguntarnos: ¿será que las instituciones le han dado un

ordenamiento a la sociedad? Interrogante que busca justamente entender que la política no debe comprenderse como algo técnico, sino más bien como un ámbito donde se busca es la toma de decisiones.

Los grupos de interés no hacen más que organizar estrategias como los plebiscitos, discursos que, desde nuestra forma de ver las cosas, solo forman espectáculos para esconder el verdadero rol de los políticos, pues solo es una especie de propaganda para garantizar una aparente democracia participativa. Ya señalamos como en el totalitarismo invertido se mantiene una sociedad en la que los ciudadanos participan, pero sin sentido de entablar una crítica frente a la responsabilidad que se debe tener hacia la sociedad, la política y la misma democracia. Entonces, no se ve dónde queda el ejercicio democrático de decidir libremente, de esta manera, la democracia se torna vacía, llegando a cierta comodidad, pues hay quienes solo esperan que otros voten por ellos, lo cual promueve una cultura de la mentira que a la larga se convierte en una práctica normal para la ciudadanía.

En vez de progresar se da un retroceso, el cual se evidencia en la inmersión de un pensamiento facilista que no delibera, ni discute, ni decide, solo se acostumbra a que las grandes elites decidan por ellos. Sin embargo, en la sociedad puede abrirse una búsqueda de soluciones a esa brecha que separa nuestra capacidad de decisión y la democracia participativa, donde se promueva la búsqueda de valores perdidos y de esos ideales democráticos que tanto hacen falta.

Con lo expuesto anteriormente podríamos decir que en la sociedad se ha perdido el sentido el principio de democracia y entramos en una democracia dirigida, pues ya la sociedad deja de ser el soberano para ser manipulados por una elite, un mercado que nos absorbe al consumismo exagerado y nos encapsula en una burbuja de tiempo, es decir, no nos deja ver más allá, detrás de ese muro que nos han impuesto. Si nos detenemos a pensar lentamente no es raro ver que quien ejerce el poder son los que educan, ordenan y disponen y, por otro lado, es el pueblo quien aprende, obedece e ignora.

Así es como funciona la sociedad, el pueblo y sus pensamientos son pisoteados, dividen la sociedad para disgregar la fuerza de la unión, y es con la "mercantilización de la vida", especialmente como se logra esa división, pues las elites se aprovechan de las necesidades del pueblo para manipularlo, entendiendo que si no hay necesidades las cuales deben satisfacerse a través del trabajo enajenado, las mismas elites políticas en alianza con las elites económicas, las inventan para mantenernos en un círculo vicioso donde se produce y consume, pero siendo el beneficio para las elites. Así funciona el mercado capitalista insertándonos en una apariencia ridícula de la necesidad.

Esa mercantilización de la vida compagina con la imposición de una sola forma de pensar, lo que no solo nos ha hecho ver como la masa inferior, pues también nos ha hecho ver como campesinos o indígenas pobres e indecentes que no piensan y que no sienten. De tal manera, crean un individualismo para entrar a

competir entre sí, buscando ser mejores unos que otros, mientras ellos obtienen las ganancias. Esto revela que no decidimos, y que la democracia ha sido impuesta en la sociedad bajo la creencia de que hay libre elección de decidir, sin embargo, al llevarlo a la práctica la libertad no se exterioriza fácilmente.

Si hablamos de democracia se habla de una libertad en lo político donde se debe “aprender” a participar y dirigir la economía en vez de subyugarse a ella, donde se concreta la libertad y se dinamiza la participación social, donde se hacen concretas las ideas de organización; pero la política tomada a través de la sociedad de “masas” se estanca en la conciencia individual de la relación del sujeto con los pensamientos generales y con su “función diferenciadora”; “nosotros- ellos” y no se mira la realidad vigente que nos circunda, es ese individualismo y la competencia exagerada que nos estanca “nos lavan el cerebro” como se dice, para no mirar más allá.

Conclusión

A manera de conclusión, el pueblo se acostumbró al mismo discurso y a las malas acciones ejercidas por los poderes, que entonces ya son vistas como normales, ya se naturalizan esas acciones, se entra en un cinismo de lo que observamos, que ya no nos extraña, pasando desapercibidos como muchas cosas en el diario vivir. Ya el pensamiento se ha tecnificado y está inmerso en la industrialización y demás procesos, condicionando el pensamiento dentro de unas barreras. Todo se vuelve mecánico, un ejemplo de ello es la educación que se tecnifica, orientada solo hacia la industria y no hacia la adquisición cultural, el costo de vida nos mantiene más ocupados que cualquier otra cosa.

Para nuestra época y contexto social se debe afirmar que nuestra sociedad no está sustentada en el funcionamiento social de una democracia libre, donde todos seamos tomados en cuenta sin distinción alguna. En el contexto colombiano lo que ha ocurrido con el ejercicio de la política y la democracia ya no es vista como ese ejercicio de libre elección y decisión, más bien se ha convertido en un negocio, “si votas te ayudo”, no en el ejercicio crítico de decidir por un bienestar de todos, por eso los que ejercen el poder se dan el lujo de manipular.

Se podría decir que las elites han utilizado a los ciudadanos como instrumentos para subir al poder: un claro ejemplo es el de los pueblos donde los “grandes” políticos llegan haciendo propaganda, publicidad en periodos de política para que los campesinos voten por ellos, ahora bien, empiezan prometiendo progreso para sus veredas y pueblos, cuando ni siquiera conocen el lugar y no conocen de las necesidades que realmente acarrearán los pueblos. Utilizan una serie de estrategias como discursos para envolver a la sociedad, y prometiendo lo que nunca pueden cumplir, pues, una vez arriba en la investidura de su mandato, para ellos los pueblos simplemente ya no existen, solo lo fueron en el momento de su campaña, cuando llevaban a término el clientelismo.

CONCLUSIÓN

Lo que podemos evidenciar a lo largo de los anteriores ensayos en una forma de develamiento de la situación de opresión que se ha generado a lo largo de más de quinientos años en lo que hoy conocemos como Latinoamérica. Aun cuando ha consistido en una apuesta por develar el impacto que tiene la política y la democracia en Latinoamérica, así como otras naciones que también han sufrido la arremetida del colonialismo, nos hemos querido centrar también en considerar el impacto que desde todos los ámbitos sociales tiene Occidente y han llevado a que nuestros pueblos hoy sufran una pérdida de sus orígenes, sus riquezas, sus tradiciones, y por ende, tengamos que luchar frente a problemas sociales, económicos, políticos, culturales, religiosos, etc., que los convierten en agentes subordinados de los intereses de las potencias mundiales.

En una instancia importante se lograría considerar como desde la Conquista de América, e incluso mucho antes, se origina un proceso de desarraigo y expropiación de lo que llamaríamos nuestro Ser sí mismo, para atender a la expresión del filósofo argentino Enrique Dussel. Desde aquella época se empieza a imponer patrones y una identidad que logra transformar toda nuestra cosmovisión, generando así que nuestro existir quede determinado y subordinado a las prerrogativas de los intereses e ideales que las grandes potencias se arrogan para sí.

En ese sentido nos permitimos señalar la forma como los discursos sobre la raza, o la misma religión, además de la expropiación de la tierra servirían como dispositivos para realizar dicha transformación. Pudimos considerar que Europa y Norteamérica con sus discursos e imposición de poder, a través de las conquistas, no han sido ni eran superiores a los demás pueblos, pues estos poseían sus propios saberes y prácticas ya sea en lo económico, político o cultural, que no les restaba importancia a su existir. Solo el europeo y el norteamericano con el ánimo de conquista, propicio una subordinación y creo un imaginario de que ellos son más y nosotros menos.

Un claro ejemplo hubo de ser la creación del Estado-nación en Colombia, lo que implicaría la creación de una identidad a cambio de borrar el pasado precolombino, e imponer nuevas creencias, ideales, prácticas e intereses a todos los habitantes de este lado del mundo. No obstante, hay que resaltar que se trataba de una identidad que implicaba así mismo salvaguardar los intereses de una minoría que se había hecho acreedora de las ideas europeas, para imponerlas en la nueva nación colombiana. Lo que esto revela consiste en una forma como las naciones, a través de sus elites, partidos o grandes acumuladores de riqueza y poder, apoyados entre otras cosas por la religión o la misma ciencia, se hacen dueñas de todo lo que más este a su alcance, seas la vida de las personas, sus territorios, su fuerza de trabajo, etc., para que sean estas personas las encargadas de llevar por buen camino la satisfacción de sus intereses.

En ese sentido se ha querido señalar en qué medida y la forma como la política, bajo la democracia liberal lleva a cabo este propósito. La política que en su esencia busca mejorar la vida y garantizar el bienestar común, es aquí en la actualidad y desde hace siglos solo una forma de ocultar los intereses de una minoría, por eso se ha usado el termino de supuesto, porque la política no se ha convertido más que en una forma de administrar las riquezas y ganancias que el pueblo produce y es entregado finalmente a una minoría para que esta pueda satisfacer sus intereses. Cada vez más el abuso sobre el pueblo se hace más evidente, y en ese sentido, la democracia no es una forma de reconocer al pueblo como garante del poder, sino solo una fachada detrás de la cual lo que verdaderamente ocurre es otra forma de garantizar que las elites, partidos o los grandes acreedores del capital se hagan con el poder hasta convertirse en los que deciden por la vida de todos, incluyendo a los mismos enemigos del poder actual.

De esta manera, se busca que estos ensayos, como invitación a los lectores, permita una mirada distinta a la que se anuncia en los medios de comunicación, en las Universidades o en la misma familia, que el pasado sea el relato, no de una elite de poder que busca mantener a todos los pueblos víctimas de la esclavitud, en una sucesiva y perpetua ignorancia y esclavitud. Es, por el contrario, una forma de realizar aportes no solo a la historia, sino también a la mirada filosófica occidental que pese a su tradición y la riqueza de sus pensamientos, logre considerar otras formas de saber, culturas, y existencias, que en su haber no son inferiores, sino diferentes y de inigualable riqueza.

BIBLIOGRAFÍA

- Díaz-Polanco, H. (2006). Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia. México: Siglo XXI Editores.
- Downs, A. (Septiembre de 2011). *Teoría Económica de la Acción política en una Democracia*. Obtenido de Teoría Económica de la Acción política en una Democracia: <https://economiaufac.files.wordpress.com/2011/09/teoria-economica-de-la-accion-politica-en-una-democracia.pdf>.
- Mariátegui, J. C. (2007). *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Palacios, M. (1998). Entre la legitimidad y la violencia. Santa Fe de Bogotá: Norma.
- Quijano, A. (s.f.). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*.
- Quijano, A. (1997). Estado-nación, ciudadanía y democracia. Caracas: Nueva Sociedad.
- Walsh, Catherine (2010). "Raza, mestizaje y poder: Horizontes coloniales pasados y presentes" En revista crítica y emancipación. Año II. No 3.
- Wolin, S. (1984). *La Democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*. Buenos Aires: Katz Conocimiento.